

Elena Jabif <sup>(1)</sup>

31  
3 F 40 50  
175

Lucía, de 26 años y casi la misma cantidad de kilos se presenta como una anoréxica crónica y llega en un momento en que está tocando fondo, peligrosamente, por la falta de peso.

Venía de una tormentosa relación transferencial con su analista anterior, a quien literalmente había vuelto loca con escenas de amor y desmayos que culminaban en un nuevo descenso de peso o en múltiples intentos de suicidio, desde el corte de muñecas, quemaduras de cigarrillos, cabeza rapada, hasta dejar dinero debajo de la puerta en lugar de acudir a la sesión.

En el punto en que la analista le indica que así no hay análisis, ella responde: "mejor me iría con un parapsicólogo", y la analista le dice: "mejor vaya por ahí". Finalmente, llega a mi consulta con una particular exigencia: articula la lámpara de modo tal que toda la luz diera sobre mí.

Su anorexia viene acompañada por una obsesión que la toma desde la pubertad, cuando descubre una pronunciada escoliosis que ella define como irreparable, intolerable para los ojos de cualquiera, y por la cual se oculta bajo ropas amplias e informes.

De su deformidad, lo que rescata es que la muestra torcida: al atravesar su frágil cuerpo, una mirada cualquiera advertía que de recta no tenía nada. Durante un tiempo se dedicó a torturarme. Cada sesión incluía un **racconto** del peso que perdía, del sinnúmero de consecuencias físicas que esto le acarreaba, que quería morir, que si no iba a tener una vida como la de las demás mujeres ¿para qué vivir?

Los hombres no le interesaban, más bien le producían repugnancia, y además, con su torcida columna había escuchado una sentencia que la marcaba de por vida: su deformidad jamás le permitiría tener hijos. Sus únicas salidas, fuera de su trabajo como maestra

<sup>1</sup>Puan 1759, Capital Federal Te.:921-6675 .

jardinera, eran con su madre. Iban a Mc Donald's. La madre comía y Lucía miraba. Al nivel del banquete con el padre no le había ido mejor, ya que él padecía una psoriasis que escandalizaba a la madre a punto tal que, cuando ella y su hermana eran pequeñas, la madre les había impuesto una interdicción sobre el uso de la vajilla, contando cada uno con la propia para no mezclarse con las asquerosidades del padre, al decir de la madre.

Así, desde pequeña, Lucía siempre comió sola. En el único lugar en que se reconocía más suelta era en su trabajo con los chicos, a quienes amaba y mimaba, identificándose también con ellos cuando su fragilidad y pequeñez la mezclaban en los juegos como un chico más.

Declamando su odio al padre por tonto, asqueroso y tirano, Lucía se definía a sí misma como una muñeca de torta, coronada por ricitos Shirley Temple, con carita de bebé, adornando los deleites de la madre y acompañando su soledad.

Puesta bajo tratamiento médico por la anorexia, es confrontada con la disyuntiva de alimentarse o internarse. Pero en abierto desafío, Lucía vomitaba ostentosamente los alimentos elegidos por el médico, y después se encargaba de llamarlo y reprochárselo, vomitando su enojo en palabras.

Entre las dos pactamos algunas estrategias de alimentación, acordando que, de su menú, ella podía elegir y separar lo que le gustaba y lo que no. Un día elige como alimento el chocolate y trae uno a la sesión; era un corazón hermosamente envuelto en papel celofán, en el camino hacia su análisis, la cartera se le cae, cuando me lo da me dice: supongo que está partido. Junto con él me ofrece otro regalito, que es un dieta, hecha de columnas, hecha de reglas, donde debía comer el primer día ocho bananas, el segundo día etc, etc. Me pregunta si la voy a hacer y le digo que ¡por supuesto! me voy a poner a dieta, siempre y cuando comamos juntas un pedazo partido de corazón.

Simultáneamente me cuenta que fue al primer baile de su vida, ya que nunca había asistido a una fiesta, con el argumento de que ponerse un coqueto vestido la hacía visible a los ojos de los demás. Le señalo que cuanto más invisible pretende ser, más visible se hace.

Después de un tiempo, el análisis comienza a funcionar cuando, entre tanto remilgo y acting, Lucía empieza a parlotear. Transitando el tema de los hombres, me relata que su madre había sido violada a los

14 años por un cirujano que la iba a operar y que, bajo amenazas, la ataca. Este suceso se constituye en la obsesión de Lucía, quien no podía instalarse en una fantasía con un hombre que no fuera bajo coerción. Se fantaseaba matándolo, castrándolo, desafiándolo, con el mismo matiz que tomaba en las peleas con el villano del padre, donde en más de una ocasión, una patada certera de ella en los genitales de él ponía final a la discusión.

Sin embargo, había un lugar donde Lucía finalmente se rendía a la demanda del padre. A pesar de las grandes peleas con él, en las que el odio de Lucía crecía sin límite, un día me dice que está dispuesta a firmar una hipoteca sobre su casa que hacía serie con otras que el padre había dispuesto sobre este su único bien, y cuyo producto siempre corría un destino incierto.

Ante mi pregunta sobre la necesidad de su firma, me cuenta que la casa familiar era propiedad de ella y su hermana, pues el padre, en sus reiterados fracasos económicos, no había logrado tener resto para el bienestar de los suyos. Una hermana de la madre les había regalado esta propiedad con la condición de que sus sobrinas fueran las únicas dueñas, ya que de un imbécil, estafador, enfermo y mujeriego, no se podía esperar nada bueno. Como era previsible, esta hipoteca y la imposibilidad de pagarla a su vencimiento, concluye en un remate judicial.

En este tiempo empieza a soñar un consultorio con el diván cambiado de lugar. Una mujer circulaba en ese ambiente. Su pelo era renegrido y solía mirarla con cierto desprecio. Este sueño origina una pregunta sobre el amor apasionado que había experimentado con mujeres de su historia, todas bellas, sensuales, voluptuosas -sin celulitis- y por quienes los hombres se volvían locos.

Lucía se acomodaba como un machito cortés, pero toda su devoción sólo despertaba el profundo desprecio de su amada. Ella suponía que el destino de nuestro encuentro iba a terminar en ese lugar común.

Un recuerdo de su adolescencia recupera una Lucía diferente. Enamorada de un chico de su edad, y a pesar del patente rechazo de su madre, quien los encuentra besándose, ella se sentía feliz. Un día descubre, en los ojos de una amiga, una en la serie de estas mujeres que ella admiraba, el matiz de la envidia. Escandalizada, se dice que ella nunca podría aceptar que una mujer tan mujer pudiera desear algo que

le faltaba.

A partir de ese tiempo se convierte en una militante de la abstinencia. Todo el cuerpo se cubre, se reducen los centímetros de su formas y adopta una parada de varón que transita con las mujeres el oscilante camino de la ilusión que las engaña.

En las vueltas del análisis, su columna, siempre cubierta para no despertar un supuesto rechazo del otro, se pincela en las marcas psoriásicas del padre. Era el trazo en común que compartían. Con la madre, el espejo la mostraba mimetizada en la anorexia de Lucía, compartiendo algo más con ella: la imagen de un cuerpo puberal coronado por la imagen de la virgen niña que la madre le ha puesto en la cuna y que ella lleva hasta el presente.

Desde esa misma cuna, Lucía advierte un padre decepcionado por tener que padecer otra mujer, y una madre que la consagra al amor de Dios a cambio de que Éste no se cobrara váyase a saber qué deudas arrebatándole a su preciosa niña.

El análisis avanzaba. Cada tanto, un machazo actingmatizaba el inquieto menú. Sin embargo, existía un punto petrificado que tenía que ver con un lazo transferencial tan incondicional, apasionado, intrigante que merecía todas las luces de la escena (recuerden la condición de una luz centrada en el semblante de su analista). Lucía ingeniosamente, bautiza a nuestro lazo "El bufón del rey". El rey era ella. Podía transitar melancólicamente su vida, llegaba exánime al análisis, las lágrimas eran morada habitual pero, con un chasquido de dedos, o una palabra, que ella se ocupaba muy bien de aclarar que no era una interpretación, o quizás hasta con una simple mirada, el bufón de su analista rescataba al rey de su vida miserable.

La monarquía que Lucía ejercía en el análisis estalla en un momento en que tomo como paciente a una amiga de la preciosa serie, quien, años atrás, había dicho querer consultarme.

Esta demanda de la otra se convierte en un escándalo mayúsculo. Me prohíbe atenderla, me sugiere que la eche, se compra un muñequito Sigmund Freud -réplica del que habita en mi escritorio- y lo destroza con un martillo. Me amenaza con tomarse todas las pastillas habidas y por haber, luego de una denuncia pública por mi incompreensión, mi falta de ética y mi interés semita por el dinero. Empieza a faltar a sesión, dejando, a la hora señalada, un sobre con mis honorarios debajo de la

puerta. Se hace negar a mis llamadas y sólo se hace presente en ese sobre cerrado.

Veinte días después recibo su llamado, en el que me avisa que voy a tener mi dinero a la hora de siempre. Le digo: *-Basta de pagar hipotecas. La espero en su próxima sesión.*

En el reencuentro, aparece la mascarada de la otra: los rulos Shirley Temple se habían reducido a una melenita de charleston, los pantalones se habían transformado en una provocativa minifalda, y una remera daba a ver una piel ignorada. Me cuenta que volvió de un duelo que creyó que le costaba la vida que había advertido cierta veta estúpida en su bufón, quien no entendía que esta otra paciente era como su hermana, ésa que le sacaba todo chichepreciado; que se acostaba con los hombres, que no tenía problemas de columna, y que, además, era madre. Mi silencio ante su escena de celos la había hecho transitar un infierno, hasta que advirtió, en medio de tantos libros rotos, ropa cortada y estrategias de suicidio, que este bufón no valía tanto, era un poco necio, y posiblemente hasta había perdido la magia que requería la divina melancolía del rey.

Es interesante recordar, a modo de paréntesis, que tradicionalmente el bufón solía ser elegido por alguna extraordinaria deformidad física; largas series de enanos y gibosos compartieron las vidas azarosas de los grandes reyes y fueron honrados por los pintores de las cortes y las plumas de los autores de su época. Verdaderamente, el bufón divertía al rey, pero su humor era generalmente entre malicioso y maligno; era un humor a costa de otros, y a veces, del propio rey, pues al bufón le estaba permitido decirlo todo, y cuando algo de sus palabras o de su gesto rozaba algún punto secreto y sensible; recibía como recompensa una patada en las posaderas, o amenazas de tortura física, y hasta de muerte, que por supuesto no llegaban a cumplirse; como lo vieron algunos autores, el bufón era, además de su función visible, lo oscuro, lo miserable, lo tapado, lo temido del rey. El bufón servía a la intriga pero, como quien no quiere la cosa, también dejaba caer alusiones a verdades molestas, con las cuales la corona perdía mucho de su brillo deslumbrante.

Volviendo al día en que Lucía regresa: sobre mi escritorio deja una película titulada "Propuesta indecente" y me pregunta si la conozco; me dice que Demi Moore no tenía el mismo efecto que la pasional

Sharon Stone en "Bajos Instintos". En los días en que no vino a análisis, Lucía se había dedicado a ver películas, una actividad que durante años le había sido imposible por los ataques de angustia que le producían el sostener la otra escena.

Su cambio lo deduce de su experiencia transitada en la cama de Sharon Stone con Michael Douglas, donde descubre que una mujer puede ir con un picahielo a matar a un hombre, pero que en esa cama tan ardiente vale la pena disfrutarlo, bajo la condición impuesta por su maestra de que se trate de un hombre de "manos atadas" al que se pueda gozar.

Luego produce un sueño. Camina por la calle Corrientes rumbo a análisis. Es la calle de los cines, tres de ellos lucen sus carteleras. Una anuncia "El Padrino" que Lucía desecha por aburrida. La otra es "El silencio de los Inocentes", que no le interesa por pasada de moda, cuando intenta leer el título de la tercera, se le desvanece, con gran esfuerzo de su parte por descifrar lo que se presenta como enigmático. En ese preciso lugar, ella hace su entrada. Deduce que su enigma está en relación a su cuerpo. Decide, por primera vez, acudir a una ginecóloga, por supuesto, mujer. En el encuentro, Lucía espera una confirmación de un acto repetido y nunca dicho en su análisis hasta ese momento.

Repetidos tampones que ella mete y saca delante de un espejo la hacen suponer que ha perdido su virginidad. Al revisarla, la médica, le dice que tiene un himen complaciente. Lucía le pide que la revise en profundidad, como a cualquier mujer normal. La médica le rectifica lo dicho. A mí me cuenta que ella sabe cómo se produjo esa complacencia, no debida a un tampón sino a una cajita de lentes estériles.

Simultáneamente, los lentes de contacto le traen problemas con los ojos. Se le impone una duda, si cambiarlos por nuevos o sostener el análisis. Esta particular disyuntiva se acompaña con un profundo malestar en la relación transferencial. Me compara con su ginecóloga quien tuvo la palabra precisa a su pregunta, que le decía lo que ella quería escuchar y que, además, le había confesado que había llegado virgen al matrimonio, lo que le hacía pensar que, si la otra podía, ella también.

Se incrementaban los reproches a mi silencio ante lo que ella consideraba preguntas científicas sobre la sexualidad. Si la otra cometía

infidencias ¿cómo se entendía mi silencio ante el saber sexual?

Por entonces aparece con un corte de pelo estrafalario, en un intento por mantener a ultranza la cabeza de Sharon Stone. Sin embargo, ese corte, hecho por su mano, era exagerado, y no lograba instalarla en la escena de "El especialista".

Durante este tiempo ocurre también una interesante mejoría en las relaciones con las otras. Descubre que habla el mismo idioma, comparten las dietas, los colores de maquillaje antes ignorado, cremas para mujeres de mediana edad, y, por primera vez un festejo de cumpleaños al llegar a los treinta.

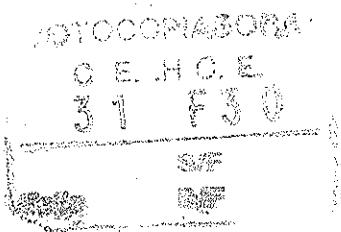
El bienestar con ellas aumentaba en forma proporcional al malestar transferencial. Me dice que puede inferir la envidia que me produce su renovado look.

En un comienzo, en su fantasía, el lugar de Sharon me lo cedía a mí, pero ahora ese papel de película calzaba en la imagen que le devolvía el espejo y sin embargo, la inquietud aumentaba. El artificio de cine adquirido empezaba a trastabillar, retornan crisis de angustia que la conducen a pensar en un retorno a un tiempo inicial de su análisis; sin embargo, a medio camino por primera vez me pregunta si pienso que ella podría alcanzar la relación con un hombre. En esa sesión, lapsus mediante, me dice que tocó fondo su mala "sortería"; le digo, ante su pregunta, que su mala suerte se hizo soltería. Con tono inquisidor me increpa por el origen de su profundo rechazo a los hombres. Antes, tenía la certeza de que no le gustaban, pero ahora, puede imaginarse en brazos de uno, aunque aclara: "*sólo en escenas de películas*".

Se interroga sobre si su analista es digna acompañante de esta pregunta. Antes, el análisis era un fascinante encuentro de amigas únicas, irrepetibles, luego del cual cada palabra de su analista era agendada, releída, glorificada, hasta que el exceso la llevaba a pedirme que no abriera la boca.

Otros momentos la encontraba curiosa, estudiando cada detalle de ese espejo del cual le retornaba el semblante de su analista. Lucía desgrana algo que se parece a un balance de su transferencia. Finalmente esta mujer, no muy distinta de las otras, que no contestaba como su ginecóloga, ex-bufón y empecinada analista, la llevaba a preguntarse si la iba a poder sostener en una pregunta incierta por su ser. Cansada de verme la cara, volviendo su mirada hacia el diván, me

pregunta cuándo va a hacer diván. Habían transcurrido cinco años desde aquella primera vez.



## Del fantasma

Daniel Piasek<sup>(1)</sup>

Hacer lugar a la pregunta del sujeto es lo que ocurre en un análisis, sobre todo si aceptamos que en la decisión de analizarse, antes o junto a la formulación de la demanda, lo que se juega es una vacilación del fantasma. Esto es, una alteración de valores, de hábitos, o como pudo escribirlo Marcel Proust, de "la costumbre embrutecedora que en todo el transcurso de nuestra vida nos esconde casi todo el universo."

Claro que en un análisis en el cual se privilegie la vía significante en sí misma, sin apuntar por ella a lo relativo al objeto, en tanto el sujeto está en su división causado por él, lo que se logra es la consolidación de un destino, ese gran poder parental al que el sujeto se somete, con palabras de Freud.

Pero avancemos paso a paso, como lo indica Lacan, para tratar de evitar el malentendido que de todos modos siempre tendrá su espacio.

Criticar una práctica en la cual sólo se privilegia la vía significante no implica que se desprenda de esto: acto vs. interpretación.

Recordemos que en el seminario del Acto Psicoanalítico, año 1967, Lacan propone que en la dimensión del acto "inmediatamente surge lo que implica la inscripción en alguna parte, el correlato del significante, que en verdad, no falta jamás en lo que constituye un acto."

Al destacar la "ambigüedad dejada en la base conceptual del psicoanálisis entre motricidad y acto", indica que en todos los ejemplos freudianos de su *Psicopatología de la vida cotidiana*, "no se tratará jamás más que de esta dimensión que hemos establecido como constitutiva de todo acto, a saber la dimensión significante," y a la inversa, cuando se